

que, segun queda expuesto, iba á ser lo que en las guerras de Italia habia sido Verona. Durante su última campaña de Austria, no queriendo exponer á Dresde á que fuera blanco de las operaciones del enemigo, y deseando ahorrar la prueba de un asedio á su plácido aliado el rey de Sajonia, aconsejó Napoleon á los ministros sajones que demolieran las fortificaciones de aquella plaza y las reemplazaran con las de Torgau. Por un descuido hartocomun, se destruyeron aquellas sin construir estas, las cuales apenas se hallaban comenzadas. Sensible era sin duda, mas Napoleon enmendó la falta con trabajos, que, si bien improvisados, debian bastar á su objeto. Del recinto de Dresde quedaban los bastiones, y dispuso repararlos y armarlos. A las cortinas suplió con fosos llenos de agua y con fuertes empalizadas. Delante de Dresde, como en todas las ciudades ya antiguas, existian grandes arrabales, cuya defensa importaba tanto como la de la ciudad misma. Hizolos Napoleon envolver con empalizadas, y delante de todas las partes salientes de su circuito mandó construir reductos bien armados, flanqueándose unos á otros y ofreciendo una primera linea de obras, dificiles de ser forzadas. A la orilla derecha, esto es en el Neustadt, ciudad nueva, determinó la construccion de una serie de obras mas ceñidas, que muy pronto debian tener una vasta cabeza de puente casi completamente fortificada. Dos puentes de madera, echados uno mas arriba y otro más abajo del puente de piedra, servian con este para las comunicaciones de la ciudad y de las tropas. Dispuestas asi las cosas, treinta mil hombres debian sostenerse dentro de Dresde durante quince días contra doscientos mil aco-

metedores, si se encargaba á un caudillo de gran carácter el mando. A estos medios de defensa añadió Napoleon inmensos almacenes, cuyo método de acopio daremos á conocer antes de mucho, asi como extensos hospitales suficientes para el ejército mas numeroso. Ya habia diez y seis mil enfermos ó heridos en Dresde, y atendióse á que evacuaran este punto, para tener dispuestas las diez y seis mil camas que habian de quedar vacantes y además las que se agregaran de nuevo. Con los lienzos de la Silesia habia para proporcionarse el principal material de estos hospitales.

Despues de Dresde pensó Napoleon en Torgau y en Wittemberg. Profesaba la máxima de que con madera se puede todo, y que obras de tierra, provistas de fuertes empalizadas, son capaces de la mas tenaz resistencia. Asi suplió á lo que faltaba en las fortificaciones de Torgau y de Wittemberg, y dió las órdenes precisas para que se diese remate á estos trabajos en el término de seis ó siete semanas. Millares de aldeanos sajones trabajaban dia y noche en Koenigstein, en Dresde, en Torgau, en Wittemberg. Sobre estos dos últimos puntos, á la manera que sobre los otros, acompañaba el establecimiento de almacenes y hospitales á la construccion de obras defensivas. Nada ó casi nada habia que hacer relativamente á murallas en Magdeburgo, una de las plazas mas fuertes de Europa; con terminar su armamento y componer su guarnicion habia bastante. Napoleon resolvió destinar un cuerpo de ejército á estos fines, sin inmovilizarlo del todo, antes bien atendiendo á que, al par de guarnecer la plaza, maniobrarse en torno de ella, y sirviere de punto de enlace á nuestras dos prin-

cipales masas de operaciones, la del alto y la del bajo Elba. Con esta mira ideó transferir casi todos sus heridos y el depósito de caballería del general Bourcier á Magdeburgo. Ante todo importaba que nuestros heridos y el depósito de nuestras remontas en Alemania estuviesen al abrigo de todo ataque, y en un sitio que no estorbara el movimiento de nuestras fuerzas activas. Bajo estos diferentes aspectos presentaba Magdeburgo todas las ventajas necesarias, porque, á sus baluartes casi invencibles juntaba esta plaza numerosos edificios para hospitales, y espacios libres para construir caballerizas de madera. Además por su situación se encontraba casi equidistante de Hamburgo y de Dresde, y así constituía un precioso depósito entre los dos puntos extremos de nuestra línea de batalla. Tras de nombrar por gobernador al general Lema-rois, su ayudante de campo y oficial inteligente y vigoroso, le dió por instrucciones sumarias, *que convirtiera á toda Magdeburgo en caballerizas y hospitales*. Calculaba que, haciendo bajar por agua á Magdeburgo á todos los heridos y enfermos que le molestaban en Dresde, y trasladando allí el depósito de caballería del general Bourcier actualmente en Hannover, siempre tendría de quince á diez y ocho mil heridos ó convalecientes y de seis á siete mil ginetes desmontados, tres ó cuatro mil convalecientes curados, y tres ó cuatro mil ginetes en estado de servir á pié, y capaces por tanto de suministrar á la defensa un fondo de guarnición de siete á ocho mil hombres constantemente seguro. De suerte que, un cuerpo movable de unos veinte mil hombres, establecido en Magdeburgo, para enlazar allí nuestros ejércitos del alto y del bajo El-

ba, dejando cinco ó seis mil hombres dentro, podría llevar quince mil fuera, y hasta girar en torno á grande distancia, sin que la plaza quedase comprometida. Se ve con cuán sutil y profundo arte sabia combinar sus recursos y los hacia concurrir al cumplimiento de sus designios.

Sin defensa quedaba desde Magdeburgo á Hamburgo el Elba, pues no habia un solo punto fortificado de una á otra de estas ciudades; asunto que ocupaba á Napoleon desde el día de la firma del armisticio. Despues de concebir diversos planes envió al general Haxó para comprobar sobre el terreno cuál de ellos seria preferible. Al cabo de un exámen pausado, se atuvo á la idea de construir en Werben, mas cerca de Magdeburgo que de Hamburgo, y en la cima del recodo que forma el Elba al torcer del Norte al Oeste y en su punto mas cercano á la capital de Prusia, una especie de ciudadela hecha con tierra y empalizadas, provista de almacenes y de barracas, y en la cual se pudieran mantener bastante largo tiempo tres mil hombres. Finalmente Hamburgo fué objeto de su último y mas importante cuidado.

Se necesitaba que esta gran plaza de comercio, que constituía uno de los principales motivos por los cuales se negaba á una paz urgente, fuese defendida, no solo en palabras contra los negociadores, sino en obras contra los ejércitos coaligados: Por desgracia faltaba tiempo, y allí como en otras partes no se podían ejecutar sino los trabajos mas precisos. Diez años y cuarenta millones se hubieran necesitado para hacer de Hamburgo una plaza que, á semejanza de Danzick, de Magdeburgo y de Metz, pudiera resistir á un largo asedio. Haciendo

Napoleon reedificar y armar los bastiones del antiguo recinto, ahondar é inundar sus fosos, reemplazar sus muros por empalizadas, y enlazar entre sí las diferentes islas que rodean á Hamburgo, preparó allí un vasto establecimiento militar, mitad plaza fuerte, mitad campo atrincherado, donde un hombre firme, como lo probó el ilustre mariscal Davout muy en breve, pudiera oponer una larga resistencia. Debajo de Hamburgo y en el mismo desemboque del Elba quedaba el fuerte de Gluckstadt, cuya custodia fué confiada á los daneses, reducidos entonces por causa de inicuos tratamientos á vencer ó á sucumbir con nosotros.

Así desde las montañas de Bohemia hasta el Océano del Norte, se debía hallar la línea del Elba sembrada de una serie de puntos fortificados, de valor proporcional al papel de cada uno de ellos, y provista de puentes que nos pertenecian de un modo exclusivo, de suerte que se pudiese ir mas allá ó volver mas acá segun conviniera, maniobrar en suma en todas direcciones y ofensiva y defensivamente. Aquí iba á recibir su aplicación mas sabia la máxima de Napoleon reducida á que no se debía sostener el curso de un rio sino de una manera ofensiva, esto es, asegurándose de todos los pasos y proporcionándose el medio de atravesarlo á todas horas.

Fuerza era proveer al coste de estos trabajos, debiéndose pagar al contado, si se habian de ejecutar pronto. Fuerza era juntar á los establecimientos militares, que acaban de ser enumerados, inmensos acopios á fin de que las masas de hombres, que se iban á mover sobre esta línea, se hallaran provistas de cuanto les fuese necesario. En

esto el espíritu ingenioso de Napoleon correspondió á su voluntad implacable de hacer sufrir á los pueblos las pesadas cargas de la guerra.

Se ha visto que previno al mariscal Davout que tomara cruel venganza de la rebelion de los habitantes de Hamburgo, de Lubeck y de Brema; que inmediatamente hiciera fusilar á los antiguos senadores, á los oficiales ó á los soldados de la legion anseática, á los funcionarios de la insurreccion que no hubieran tenido tiempo de evadirse; y que despues formara una lista de los quinientos principales negociantes, á fin de tomar sus bienes y *de mudar la propiedad*, segun su frase. Al expedir estas órdenes contó con el rigor inexorable del mariscal Davout, y tambien, para honor de ambos, con su probidad y su buen seso. Este llegó algunos dias despues que el general Vandamme, no halló ningun delincuente á quien pasar por las armas, y aun se compuso de manera propia á no hallarlo. La frontera de Dinamarca, situada á las mismas puertas de Hamburgo, ayudóle á salvar á todos los comprometidos. Anteriormente se habian efectuado algunas ejecuciones sensibles, pero fué en la época del primer movimiento insurreccional de febrero y en castigo de los indignos tratamientos usados contra los funcionarios franceses.

A dicha tuvo el mariscal Davout no fusilar á nadie. Faltaba formar las listas de proscripcion, que no traerian consigo la pérdida de la vida, sino de la hacienda, y esta providencia no le parecia mas cuerda que la otra. Los hamburgueses culpables, ó presuntos tales, ocupaban en masa la pequeña ciudad de Altona, verdadero arrabal de Hamburgo, solicitando volver á sus casas, á cargo

portaran estos setenta mil quintales á Dresde, y se reemplazaran inmediatamente con una cantidad igual sacada de Hamburgo. Merced á combinacion tan acertada, solo tenian que andar la mitad del camino estas inmensas masas de especies. Se habia echado de ver que el calor y el cansancio daban disenteria á nuestros reclutas, y que poniéndolos á racion de arroz se curaban muy pronto: asi recogióse cuanto arroz habia en Hamburgo, Lubeck y Brema, y tambien se tomaron bebidas espirituosas, ganado, caballos, carnes saladas, cueros, paños y lienzo. Estas materias fueron embarcadas por el Elba á tenor del método que acaba de ser indicado, de tonar en Magdeburgo lo que alli se encontraba y de reemplazarlo con lo que se remitia de Hamburgo. Requeridos y pagados con bonos sobre esta plaza todos los bateleros del rio, fueron puestos en movimiento desde principios de junio, en el mismo instante en que bajo pretexto de fatiga se negaba Napoleon á recibir á Mr. de Bubna. De esta suerte el Elba en manos de Napoleon era á la vez una poderosa linea de defensa y un manantial inagotable de provisiones.

Pero no limitó sus precauciones á esta linea sola. Mas allá de Dresde, en Liegnitz, y mas acá en Erfurt, queria tener almacenes bien abastecidos. Aprovechando la riqueza de la baja Silesia, sobre la cual estaba acampado el ejército que habia combatido en Bautzen, y no teniendo por qué contemplar á esta provincia, ordenó que se emplearan los dos meses de suspension de armas en juntar una reserva de viveres para veinte dias y para cada cuerpo, amasando cotidianamente mucho mas pan que el necesario. Detras de Dresde,

en Erfurt, en Weimar, en Leipsick, en Nuremberg, en Wurzburg, paises sajones ó de Franconia, se hallaba entre aliados y no usó de la abundancia del territorio, sino pagando lo que tomaba. Por disposicion suya se hicieron alli a costa de dinero muy grandes acopios. Sin embargo de estos miramientos fué exceptuada la ciudad de Leipsick, que se habia mostrado hostil á las claras. Echó mano de los tejidos de lieuzo y de lana, de los granos, de las bebidas espirituosas, de que los almacenes de esta ciudad se hallaban abundantemente provistos, y además hizo ocupar los establecimientos públicos para crear alli hospitales. A esto añadió la amenaza de prender fuego á la ciudad al primer movimiento insurreccional que estallara. Igualmente fueron llenas de hospitales las ciudades de Erfurt, de Naumburgo, de Weimar, de Wurzburg. Erfurt, cuya posesion se habia reservado desde 1809, Wurzburg, capital del gran ducado de este nombre, plazas una y otra capaces de alguna resistencia, fueron armadas á fin de tener una serie de puntos fortificados en el camino de Maguncia, por si sucesos imprevistos entonces hacian necesaria una retirada, pues, segun hemos hecho notar varias veces, Napoleon, que en sus cálculos políticos no admitia la posibilidad de reveses, siempre la admitia en sus cálculos militares. Finalmente, no pudiendo sacar mas que de Francia las armas, las municiones de guerra, y ciertos objetos de equipo, al par que viveres los encontraba en todas partes, celebró contratas pagadas al contado con compañías alemanas para trasportar de Maguncia á Dresde, por los tres caminos de Cassel, de Heisenach y de Hof los objetos de armamento y de

equipo, que no se podía proporcionar en Sajonia.

Tales fueron las providencias imaginadas por Napoleón para que, á la vuelta de las operaciones, su línea de batalla estuviera fuertemente defendida al par que abundantemente aprovisionada. Un postrer cuidado faltaba y consistía en proporcionar el número de soldados á la extensión que iba á adquirir la guerra, y Napoleón no lo había desatendido, porque en su vasto espíritu las medidas todas andaban parejas, sin esperar á que la una engendrara la idea de la otra. Simultáneamente eran concebidas todas con armonía perfecta y sin pérdida de una hora.

Ya se ha visto que, acariciando el pensamiento de que tal vez el Austria accediera á sus planes, tomó no obstante sus providencias bajo la hipótesis contraria, y preparó en Westfalia, junto al Rin y en Italia, tres ejércitos de reserva capaces de entrar en línea antes de mucho. Destinados estaban los dos meses de armisticio, que pretendía extender á tres, para dar remate á principios de agosto á esta obra comenzada en marzo.

Como se ha dicho, en Westfalia los regimientos reorganizados del grande ejército de Rusia debían componer dos grandes cuerpos á las órdenes de los mariscales Victor y Davout, aquel de diez y seis regimientos y este de doce. A Italia se habían vuelto á enviar los otros regimientos del grande ejército como procedentes del mismo punto. No pudiendo ser reorganizados á la vez los batallones de cada regimiento, se rehicieron ante todo los segundos batallones, despues los cuartos, por último los primeros, á medida que regresaban los cuadros, y sucesivamente se habían compuesto las

divisiones de los segundos, los cuartos y los primeros, de modo que cada regimiento se hallaba distribuido en tres divisiones. Estrechado Napoleón á poner término á tan vicioso estado de cosas, quiso reunir los tres batallones ya listos, y formar las divisiones por regimientos y no por batallones. Solo faltaban los terceros, que á su vez iban á estar disponibles en breve, y entonces todos los regimientos debían constar de cuatro batallones. Cuatro hermosas divisiones formó el mariscal Davout con los suyos, y tres el mariscal Victor. Mientras se completaban tales organizaciones, Napoleón fijó el puesto y el destino de estos dos cuerpos de tropas. El del mariscal Victor dejado atrás hasta ahora, fué encaminado hácia la línea fronteriza del armisticio y acantonado á lo largo del Oder en las cercanías de Crossen, para acabar allí de instruirse y para provisionarse á tenor de las prescripciones hechas á todos los cuerpos.

Pensando Napoleón que para guardar los departamentos anseáticos y el bajo Elba, tendría demasiado con cuatro divisiones el mariscal Davout reforzado por los daneses, pues segun todas las probabilidades sobre el Elba superior debían cargar los grandes golpes, ideó partir el cuerpo de este mariscal dejándole dos divisiones y confiando otras dos al general Vandamme y colocándolas en Wittemberg, desde donde podría atraerlas á sí en caso necesario, ó volverlas al bajo Elba, si al mariscal Davout le hacían falta.

Los demás cuerpos destinados á reforzar la masa de las tropas activas se organizaban en Maguncia. Allí, segun se debe hacer memoria, se dirigían los cuadros sacados de Francia ó de España, que

se llenaban á las márgenes del Rhin con reclutas rápidamente instruidos, y que se reunian tan luego como se lograban dos batallones del mismo regimiento, á fin de evitar hasta donde fuera posible la organizacion viciosa de regimientos provisionales. En Maguncia habia cuatro divisiones, cuya organizacion se hallaba casi terminada y cuyo estado dentro de dos meses seria tan bueno como se podia esperar en la situacion de las cosas. Napoleon las destinaba al mariscal Saint-Cir, herido junto al Dwina en 1812, si bien ya repuesto de sus fatigas y de su herida. Por consiguiente Napoleon iba á aumentar sus fuerzas de Sajonia, contra la aparicion eventual del Austria sobre el teatro de la guerra, con tres cuerpos de tropas, el del mariscal Victor, el del general Vandamme y del mariscal Saint-Cir, que ascendian á unos ochenta mil hombres de infanteria, sin contar las armas especiales. Este poderoso refuerzo era independiente del aumento que debian recibir los cuerpos, con los cuales habia abierto la campaña. Además de las cuatro divisiones ya aprestadas en Maguncia, Napoleon habia juntado los elementos de otras dos, que se iban á formar á las órdenes del mariscal Augereau y debian militar unidas á otras dos de Baviera. Esta corte, atraida un momento á semejanza de Sajonia, á la política mediadora del Austria, se habia echado atrás de repente desde que en las márgenes del Inn se le exigieron sacrificios sin compensacion alguna. Apresuróse á renovar sus armamentos, y por su parte podia contar con dos buenas divisiones, á condicion no obstante de que la victoria viniera á contener el espíritu de su pueblo y á alentar la fidelidad de su monarca. Estas

cuatro divisiones, dos francesas y dos bávaras, debian amenazar al Austria hácia el alto Palatinado.

Finalmente, Napoleon vigiló segun su costumbre la ejecucion de las órdenes expedidas al príncipe Eugenio, para que con los cuadros vueltos de Rusia, y los que llegaban cotidianamente de España, se rehiciese en Italia un ejército de sesenta mil hombres, al cual pretendia añadir veinte mil napolitanos. Murat, siempre fluctuante entre los sentimientos mas contrarios, herido por la manera con que Napoleon le trataba, si bien queriendo ante todo salvar su corona, no sabiendo con quien la salvaria mas de seguro, si con Austria ó con Francia, aun hacia esperar el envio de su contingente. Apenas llegado Napoleon á Dresde le intimó que se deciera, y previno á Mr. Durand de Mareuil, ministro de Francia en Nápoles, que se retirara, si al punto no se daban órdenes de marcha al cuerpo napolitano. En los depósitos quedaba con qué suministrar seis ó siete mil hombres de caballeria ligera al futuro ejército de Italia, los cuales bastaban en aquella comarca, donde, hallando poca ocasion de cargar en línea la caballeria, solo servia principalmente para las exploraciones. Elementos encerraban además los depósitos y arsenales de Italia para una buena artilleria. Asi Napoleon se lisongcaba de tener en Italia el 4.º de agosto un ejército de ochenta mil hombres, provisto de doscientas bocas de fuego, amenazando al Austria por la Iliria, y teniendo por blanco á la misma Viena. Calculaba que, aun armando trescientos mil hombres el Austria, lo cual era mucho en el estado de su hacienda y con el tiempo, de que disponia, no podria presentar mas de doscientos mil soldados de-

lante del fuégo, de los cuales necesitaria segregar cincuenta mil para hacer frente al príncipe Eugenio en Italia, treinta mil para hacer frente al mariscal Augereau en Baviera, con lo que no le quedarían mas que ciento veinte mil hombres para agregarlos á la masa de las tropas coaligadas junto al Elba.

Los tres cuerpos de Victor, de Vandamme, de Saint-Cir, sin contar el de Augereau no destinado á maniobrar sobre el Elba, ya le parecían un recurso casi suficiente contra la aparición del Austria en el terreno de esta lucha formidable. Pero el cuerpo de Poniatowski, llevado á Zittau por la Galitzia y la Bohemia despues de muchas vicisitudes, á la línea donde acampaban nuestros cuerpos de Silesia, era un nuevo recurso de verdadera importancia, aunque no tanto por la cantidad como por la calidad de los soldados. No los habia mas bizarros, mas aguerridos, ni mas adictos á la Francia. De su patria no les quedaba sino la memoria y el deseo de vengarla. Napoleon resolvió darles una, haciéndolos franceses y tomándolos al servicio de Francia. Interin se efectuaba su anexión al ejército francés, los puso bajo la administracion directa de Mr. de Basano, y prescribióle que les satisficiera sus pagas atrasadas, que les proveyera de vestuarios, de armas y de cuanto les fuese necesario, y en suma que les hiciera pasar los dos meses del armisticio en una verdadera abundancia. Recogiendo algunos restos desparramados de tropas polacas, aunque sin tocar á la division de Dombrowski, ni á los varios destacamentos de su nacion distribuidos en las plazas, podían juntar cerca de doce mil hombres de infantería y de tres mil de caballería;

nueva fuerza que se debia agregar á las que habían peleado en Lutzen y en Bautzen.

Finalmente, entre los recursos creados para la campaña de otoño y para la eventualidad de la guerra con Austria, habia que contar el desarrollo dado á la Guardia imperial. A la entrada en campaña solo constaba de dos divisiones, una de la Vieja y otra de la Jóven Guardia. En el momento del armisticio se habia incorporado la tercera, acababa de llegar la cuarta y estaba en marcha la quinta, todas las cuales, unidas á los doce mil hombres de caballería y á las descientas bocas de fuego, debían de componer un cuerpo de cincuenta mil hombres, treinta mil de ellos de la jóven infantería, á la que no entendía Napoleon guardar las contemplaciones que á la Jóven Guardia, y antes bien ideaba emplearla en todas las grandes batallas, que desgraciadamente iban á ser numerosas y sangrientas.

Aun faltaba la caballería de que se habia carecido al principio de la campaña, y fué uno de los motivos para firmar Napoleon el armisticio. Una caballería insuficiente equivale poco mas ó menos á una caballería nula, pues no osa empeñarse por miedo de ser abrumada, y permanece oculta detrás de la infantería, á la cual no sirve ni de exploradora. Esto es lo que en Lutzen y Bautzen se habia observado. Los dos cuerpos de Latour-Maubourg y de Sebastiani no ascendían el 4.º de junio á mas de ocho mil ginetes. Cuatro mil se podían sacar del depósito del general Bourcier y cerca de veinte y ocho mil de Francia, unos llevados por el duque de Placencia, otros en marcha á las órdenes del duque de Padua, y que debían elevar á cuarenta mil

hombres las fuerzas del ejército de Alemania en tropas de á caballo, sin contar la caballería de la Guardia imperial, ni la de los aliados sajones, háváros y wurttembergueses. Solo acontecía que de los veinte y ocho mil ginetes procedentes de Francia, algunos centenares venían á pie y necesitaban que se les proveyera de caballos. Las turbulencias sobrevénidas á la orilla izquierda del Elba, de resultas de la insurreccion de las ciudades anseáticas, habian dañado extraordinariamente á las remontas. Napoleon dispuso que fueran proseguidas, y con este objeto hizo que se insertara un artículo en el tratado de alianza por el cual Dinamarca uniése definitivamente á Francia. En este tratado prometia Francia mantener siempre veinte mil hombres de tropas activas en Hamburgo, á fin de cooperar á la defensa de las provincias danesas, y en cambio se obligaba Dinamarca á suministrar á Francia diez mil hombres de infantería, dos mil de caballería, unos y otros á sueldo del tesoro francés, y á proporcionar diez mil caballos bajo la condicion de que se pagarian al contado. Aparte de las compras vueltas á empezar en Hannover, este era un nuevo recurso para montar los ginetes que venían á pie de Francia. Por tanto se tenía casi la certidumbre de reunir al cabo de dos ó tres meses cerca de cuarenta mil ginetes de todas armas, no incluyendo diez ó doce mil de la Guardia, ni ocho ó diez mil de los aliados, que debian componer en totalidad alrededor de sesenta mil hombres de á caballo. A cada cuerpo de ejército agregó Napoleon unos dos mil hombres de caballería ligera ó de línea para las exploraciones. Segun su costumbre formó los sobrantes en diversos cuerpos de reserva para pe-

lear en línea. Ya mandaban dos los generales La-tour-Moubourg y Sebastiani, que habian hecho la campaña de primavera. El duque de Padua mandaba el tercero, que acababa de llegar y se ocupaba en castigar á los cosacos. A la cabeza del cuarto fué puesto el conde de Valmy, hijo del viejo duque de este nombre. Napoleon quiso crear el quinto con los regimientos sacados nuevamente de España. Desde que dió orden para evacuar á Madrid y concentrar en el Norte de la Peninsula todas las fuerzas francesas, era mucho menos necesaria la caballería, cuyo principal encargo habia consistido en enlazar á los diversos cuerpos de ocupacion unos con otros. Aun habia en la Peninsula treinta y seis regimientos de caballería, veinte de dragones, cinco de húsares y once de cazadores. Napoleon creyó que con veinte habria bastantes, sobre todo no tomando mas que los cuadros y dejando la mayor parte de los hombres en España; y así ordenó la partida de diez regimientos de dragones, dos de húsares y cuatro de cazadores. Dos destinó á Italia, catorce á Alemania, y recomendó que estos cuadros se trasladaran de seguida á Maguncia, donde se iban á llenar con los individuos sacados de las últimas conscripciones é instruidos ya regularmente. Para montarlos debian servir los caballos procedentes de las requisiciones hechas en Francia y pagados al contado. Aun se prometia Napoleon sacar de aqui unos catorce ó quince mil ginetes, encerrados todos en excelentes cuadros. Ultimo suplemento era este que para el otoño debia elevar por lo menos á setenta y cinco mil hombres el total de su caballería. A estos aprestos para la infantería y la caballería añadió Napoleon los conser-



nientes á la artillería y adoptó sus disposiciones para que esta arma pudiese poner en movimiento mil bocas de fuego de campaña.

Establecido de este modo sobre la línea del Elba, hecha formidable con los apoyos que se habia proporcionado, se lisonjeaba Napoleon de tener cuatrocientos mil combatientes, no incluidas las guarniciones y además veinte mil en Baviera, y ochenta mil en Italia, lo cual elevaria la totalidad de sus recursos á quinientos mil hombres de tropas activas, y á setecientos mil incluyendo los no presentes sobre las armas. Para llegar á estas cifras enormes, suficientes en su mano poderosa para batir á la coalicion aun reforzada por el Austria, habia consentido en un armisticio, que daba á los coaligados tiempo de escaparse de sus persecuciones, y tambien por desgracia de aumentar considerablemente sus fuerzas. Se reducía pues la cuestion á averiguar si en materia de creacion de recursos seria tan provechoso á los coaligados como á Napoleon el tiempo de la suspension de armas. Verdad es que los coaligados no tenian su genio, y en esto cifraba sus esperanzas, pero si la pasion, única cosa que puede suplir al genio, sobre todo cuando es ardiente y sincera. No haciendo Napoleon caso alguno de esta circunstancia, supuso que el tiempo le serviría mejor que á sus enemigos, y con tal esperanza dedicaba tanto arte á emplearlo perfectamente en punto á preparativos militares, y á perderlo en materia de negociaciones.

Su respuesta á Mr. de Metternich el 15 de junio fué interpretada como debia serlo, y el hábil ministro austriaco penetró muy bien que, cuando de cuarenta dias con que se contaba para negociar

la paz general, se perdian desde luego cinco para responder á la nota constitutiva de la mediacion, fuera de los que se iban á perder aun para zanjar las dificultades de forma, habia que deducir que no se tenia gran prisa de llegar á una solucion pacífica. A la verdad podia acontecer que Napoleon no quisiera revelar su verdadero pensamiento hasta la última hora; tambien podia acontecer que entre las dificultades suscitadas hubiese alguna que le doliera formalmente, y por estas consideraciones Mr. de Metternich no desesperaba de la paz del todo, ya bajo las condiciones propuestas por Austria, ya bajo otras que se aproximasen á estas. En uno ú otro caso juzgó que convenia esperar á Napoleon á su turno, empleando no obstante un medio de estimularle. Vivamente insistian los soberanos de Rusia y Prusia en ver al emperador Francisco, con la esperanza de atraerle definitivamente á lo que denominaban la causa europea. Pero, creyendo el emperador Francisco muy propio de su calidad de padre y de mediador observar extrema reserva respecto de los dos soberanos, ya implacables enemigos de Francia, no queria avistarse con ellos, mientras no estuviese obligado á declarararnos la guerra. Para Mr. de Metternich no existian las mismas razones de reserva, y este ministro dirigióse á Oppontschna, á fin de conferenciar con los dos monarcas coaligados. Su intencion era aprovechar esta coyuntura para atraerlos á sus ideas, cosa mas fácil sin duda que lograr de Napoleon lo propio, si bien ardua y exigiendo muchos cuidados y afanes, pues querian la guerra de seguida, á toda costa, hasta el derrocamiento de Napoleon, que á lo menos al presente no era el punto